

III

Muchos motivos nos hicieron tomar la resolución de partir solos, Albino, Vista doble y yo. Conducir una *guerrilla* hubiera sido exponernos á una dilación fatal y desastrosa; las tierras que teníamos que atravesar eran áridas, calientes y sin agua; en fin, ¿qué podían hacer ciento cincuenta ó doscientos hombres agregados á la escolta de los jefes, compuesta de mil soldados escogidos y una numerosa artillería?... Lo esencial era, pues, que los tres llegáramos á tiempo, para advertir solamente á los soldados de la escolta que se cuidasen.

Dejamos el mando de la *guerrilla* al primer teniente, y provistos de un caballo de mano además del que montábamos, para viajar con más celeridad, partimos como á las dos de la tarde. Hablando con verdad, no hay más que cinco días de camino desde el Saltillo á

Monclova, que se componen de otras tantas jornadas forzosas: *Santa María, Anelo, Punta del Espinazo del Diablo, Salida del Espinazo del Diablo, y en fin Acacitas de Baján*. Presumíamos, sin embargo, que las dificultades del camino para los numerosos carruajes de los jefes, la falta de víveres en aquellos desiertos lugares, y otros obstáculos de esta naturaleza, retardarían la marcha de la comitiva. Felizmente en Acacitas de Baján, última jornada antes de Monclova, era en donde debía prepararse la emboscada. Esta circunstancia, y la lentitud forzosa de la marcha de la caravana, nos hacían creer que llegaríamos á tiempo para prevenir la traición de Elizondo, no obstante que los jefes nos llevaban un adelanto de cinco días. Partimos, pues, llenos de esperanzas, yo sobre todo, que abrigaba en mi corazón, por el caballero Abasolo, sentimientos muy particulares de ternura y admiración.

Después de haber cambiado caballo á la mitad del camino, es decir después de haber ensillado nuestros caballos de mano y dejado libres á los que nos acababan de servir, llegamos en la noche á Santa María, nuestra primera jornada. Preguntamos á los habitantes de algunas casuchas miserables que forman el pueblo: todos nos respondieron que la escolta se componía de

soldados fieles á la causa de Hidalgo, y que caminaban con el mayor entusiasmo y confiados en su fuerza numérica, sin temer traición alguna. Este informe no nos satisfizo enteramente: habría preferido que nos hubiesen dicho que la escolta marchaba con el mayor desaliento. Tuvimos el mayor trabajo en conseguir algún alimento para nosotros y para nuestros caballos: la caravana que nos precedía, había concluido con los víveres de las inmediaciones. Después de haber reposado cinco ó seis horas, nos pusimos en camino á las doce de la noche. Desde que comenzamos la segunda jornada, observé que Vista doble se hallaba entregado á una de aquellas meditaciones que nada bueno presagiaban.

— Tuve anoche un sueño, me dijo el mestizo, á quien dirigí algunas preguntas: sí, tuve un sueño, y temo mucho haberlo interpretado con demasiada fidelidad.

— ¿Y cuál fué ese sueño?

— Soñé anoche que había tenido siete veces una sed ardiente, y que en el momento de apagarla, Elizondo me arrancaba de las manos el cántaro lleno de agua. Este sueño no puede significar otra cosa sino que el traidor había cegado las siete fuentes ó cisternas que hay de aquí á Monclova, y que nombran las *siete Norias de Baján*.

Nos miramos Albino y yo, y éste manifestó que seguramente Elizondo no quería hacer morir de sed á los jefes, porque, según toda apariencia, quería entregarlos vivos al gobernador de Coahuila. El viejo movió lentamente la cabeza.

— No los hará ciertamente perecer de sed; mas, para buscar el agua que necesite, la escolta se desbandará siete veces, y en cualquiera de estas ocasiones los soldados de Elizondo podrán apoderarse, sin disparar un tiro, de los jefes privados de sus defensores.

Después de habernos explicado su sueño de esta manera, el viejo continuó trotando silenciosamente á nuestro lado; aunque no hubiese pronunciado otra palabra, en el aspecto de Vista doble descubrí cierta cosa que nos había ocultado, y que yo no podía explicarme.

— ¿No ha soñado más anoche? le pregunté.

— ¡Oh! lo demás no merece nuestra atención; sólo se refiere á nosotros, y nuestra vida es poca cosa en comparación de las preciosas existencias que se hallan amenazadas.

— Estoy de acuerdo; sin embargo, desearía saber lo que nos interesa.

— Pues bien, añadió Vista doble como á pesar suyo,

soñé que antes de llegar á la séptima cisterna, mi sed se había calmado como por encanto; pero después, me ví que iba galopando por el llano...

— ¡Cómo! le pregunté: ¿se vió usted á sí mismo?

— Sí, contestó el viejo con un tono que me hizo estremecer, porque mi cabeza había quedado detrás de mi cuerpo, y lo seguía con la vista en la carrera.

— ¿Y yo, Vista doble? preguntó el contrabandista con vivacidad.

— Vi á usted acostado en el llano, por el cual galopaba mi cuerpo sin cabeza; pero no sé si estaba usted muerto ó dormido.

Tuve necesidad, lo confieso, de hacer un esfuerzo para afirmar mi voz, y pregunté al viejo, á mi turno, lo que me había sucedido á mí en su sueño.

— Usted, contestó, no estaba con Albino y conmigo en aquel momento.

— ¡Caramba! dijo Albino, nada de esto es de buen agüero; ¿y cómo explica usted todas esas particularidades?

— No las explico, respondió gravemente Vista doble.

Continuamos nuestro camino; las palabras de aquel viejo singular, nos sumergieron en sombrías re-

flexiones, que la naturaleza del paisaje no era propia para disipar. Nada es más triste que esos llanos inmensos, sin casas, sin árboles, que se atraviesan entre el Saltillo y Monclova. El viento que rasaba el terreno pedregoso, no nos traía más que los aullidos de los lobos, ó el vagido quejoso de los chacales. Afortunadamente, el sol disipó un poco la turbación de nuestros pensamientos; por fin, al cabo de tres horas de marcha, el aire puro de la mañana nos había hecho olvidar las misteriosas y siniestras predicciones de Vista doble. Vimos, sin reflexionar en ello, los primeros árboles que indicaban la cercanía de una de las siete norias que debíamos encontrar en el camino.

Sin embargo, á medida que avanzábamos hacia la noria, el sueño del viejo se nos representaba en la memoria, y una especie de impaciencia, que no era causada por la sed, supuesto que aún teníamos agua en nuestros *guajes*, se apoderó de nosotros. Apresuramos el paso: detrás de los árboles, veíamos elevarse las grandes ruedas que indicaban el lugar de la primera noria. En cuanto á Vista Doble, no manifestaba ni impaciencia ni inquietud, como un hombre seguro de que va á saber demasiado pronto una noticia desagradable. Nuestros caballos, excitados por la sed,

aceleraban el paso, no obstante lo fatigados que iban, y sin que fuese necesario hacer uso de la espuela. Llegamos inmediatamente uno tras otro al borde del pozo, y la vista de la noria nos arrancó siniestramente un grito de desesperación. Los cubos de cuero que formaban el rosario hidráulico, y subían el agua hasta el nivel de las piletas de madera, destinadas á recibirla, estaban secos. En el fondo del pozo, un lodo negro, mezclado con arena, había reemplazado el agua limpia. El sueño del viejo comenzaba á realizarse.

— Ruperto, me dijo entonces el contrabandista, los hombres de valor no retroceden nunca ante los más siniestros presagios; pero en todo caso, le recomiendo á usted eficazmente á mi hijo, si llega á perder á su padre, pues usted es el único apoyo que le queda.

— Yo le serviré de padre mientras viva, respondí.

Ya no dudaba yo, en aquel momento, que el triste sueño de Vista doble se realizase. El viejo nos alcanzó á pocos momentos; sin dignarse dirigir una sola mirada á la noria, echó pie á tierra. Algunas huellas de caballos se mezclaban á más de cien que habían dejado plantas humanas en derredor del pozo; no se ocupó más que de las primeras, que examinó con la mayor

atención. Aquellas marcas eran tanto más fácil de reconocer, cuanto que el agua derramada á propósito fuera del pozo, había humedecido la tierra alrededor, formando una capa espesa de lodo, que no tardó en endurecerse con el sol. Muy cerca de la noria, un montículo arenoso, rebajado por la pala, atestiguaba que las partes que se habían arrancado, sirvieron para estancar la poca agua que los cubos no habían derramado fuera. Después de haber considerado el viejo con el mayor sentimiento las huellas dejadas por los pies de los caballos, sacó de su bolsillo las ramitas que le habían servido para medir las que habían dejado junto á la hoguera cuando se presentó el oficial. La dimensión de las ramas y la de los cascotes del caballo eran absolutamente iguales.

— ¡Elizondo! ¡Elizondo! dijo con la mayor lentitud Vista doble, haciéndonos notar las pruebas irrecusables de la presencia del traidor. Era absolutamente imposible negar la evidencia.

— Se hallaba en este lugar á caballo, vigilando á los trabajadores, continuó el mestizo; todas estas huellas son de su caballo. Esta noria permanecerá seca hasta la próxima estación de aguas.

— Las maldiciones de todos los que tengan sed en el desierto llegarán hasta él, dijo Albino.

— La voz de la sangre gritará más alto todavía, añadió Vista doble con solemnidad.

Proseguimos nuestro camino; pero fué necesario, cuando llegamos á Anelo, la segunda jornada del Saltillo á Monclova, dejar descansar á nuestros caballos, fatigados por una rápida marcha. Nos veíamos obligados á perder tiempo, para ganarlo, en interés de aquellos á quienes queríamos servir. Encontramos á los habitantes de Anelo poseídos de la mayor consternación. El agua del pozo era el único depósito hasta la próxima estación, y actualmente se hallaba seco. Los demás pozos, en los cuales se proveían de agua, estaban en vísperas de agotarse, y aquel accidente debía hacer muy difícil la permanencia en Anelo. Tuvimos el mayor trabajo en encontrar agua para nuestros seis caballos.

Le preguntamos á uno de los habitantes, que nos respondió que aquel crimen (porque lo era de todas maneras), probablemente se había cometido durante la noche, porque no se había visto persona alguna aproximarse de día á la noria. Este suceso causó un gran desorden en los soldados que escoltaban los carruajes de los generales, añadió el hombre que nos daba aquellos informes. Toda la tropa se había des-

bandado, sorda á la voz de los oficiales, y los generales tuvieron que aguardar un día á que sus hombres volviesen. Felizmente, todos aquí somos afectos á la santa causa que han sostenido; así es que nada les ha faltado; pero nos estremecemos al pensar lo que hubiera podido suceder si hubiese habido cerca de aquí algún destacamento español.

Este razonamiento nos confirmó en la idea de que el golpe meditado por Elizondo no debía darse sino más tarde, cuando las deserciones, causadas por la sed, hubiesen disminuído el número de la escolta hasta igualarlo con el de los soldados que manda el coronel. ¿Por qué medios había podido ocultar su marcha al conocimiento de los habitantes de Anelo? Esto era lo que no podíamos adivinar. Sin embargo, el hecho era cierto, y sin perder el tiempo en comentarios, montamos á caballo á la media noche. Calculando bien nuestra marcha, debíamos llegar á Baján al mismo tiempo que la comitiva, es decir, al décimo día de su marcha, y al quinto de la nuestra, supuesto que nos llevaba cinco días de ventaja. Entre Anelo, que acabábamos de dejar, y la *Punta del Espinazo del Diablo*, distinguimos á lo lejos la segunda noria; y unos pasos más adelante, los cadáveres de dos caballos que encontra-

mos en el camino, nos indicaron claramente que el segundo pozo se había cegado como el primero. Esta vez, no sentimos la febril impaciencia que la víspera se había apoderado de nosotros al adelantarnos al mestizo. Ni Albino ni yo dudábamos del espectáculo que nos aguardaba. La noria, en efecto, estaba seca, el fondo pantanoso y ensolvado, las orillas anegadas, y los cubos enteramente secos. Como lo había hecho al llegar á la primera, Vista doble descendió del caballo, examinando las huellas, las midió, y repitió con voz grave y solemne:

— ¡ Elizondo ! ¡ Elizondo !

— Si llego á tiempo y lo encuentro, juro por Nuestra Señora de Guadalupe, que le traspaso el corazón con mi puñal, dijo Albino.

— Marchemos, añadió Vista doble.

Caminamos por algunos instantes al galope, y á poca distancia de la segunda cisterna, un número mayor de caballos muertos, nos atestiguó los progresos de la sed.

— Más lejos encontraremos, sin duda, mulas muertas, dijo el mestizo, porque soportán las privaciones mejor que los caballos; después de ellas, llegará la vez de los hombres.

Después de otros momentos de galope, llegamos á la entrada del desfiladero llamado la *Punta del Espinazo del Diablo*. Ningún nombre me pareció más bien puesto. Las rocas, inclinadas como las partes de un navío, que aparecían á flor de tierra en el camino, se asemejaban en efecto, por su forma arqueada, su blancura y su pulimento, á las formas redondas de un esqueleto de diez leguas de longitud; aquellas rocas calcinadas, lustrosas, ahogaban toda vegetación. Algunos musgos solamente, de un verde opaco, extinguían algo la ardiente reverberación del sol en ciertos lugares; en otros, por el contrario, sus rayos lanzaban luces que deslumbraban la vista, así como el excesivo calor que producían, secaba las fauces. Algunas mulas muertas yacían amontonadas al lado de los caballos, que los zopilotes comenzaban á despedazar, presentando un espectáculo más lúgubre, en aquellos llanos desiertos, bajo el ardiente soplo del viento, impregnado de fétidos olores.

Antes de llegar al rancho de la *Punta del Espinazo del Diablo*, se ofreció á nuestra vista la tercera cisterna, seca como las otras dos. Al ver la orilla del pozo, Vista doble repitió de nuevo, después de haber examinado las huellas:

— ¡ Elizondo! ¡ Elizondo!

Después de una jornada más fatigosa que las dos anteriores, á causa de lo pedregoso de los caminos que habíamos tenido que seguir, llegamos al *rancho* antes de ponerse el sol. Esta última marcha, verificada entre las rocas del Espinazo del Diablo, había de tal manera lastimado los cascos de uno de mis caballos, que no estaba herrado, que me vi obligado á dejarlo al cuidado del dueño de la posada. El pobre animal no podía ya dar un paso, y por él retardamos la jornada; de esta manera, como van ustedes á juzgar, se cumplía nuestro fatal destino. En el *rancho* de la Punta, nos fingimos comerciantes, á quienes necesidades de su comercio llamaban á Monclova, y no hicimos alusión alguna á las cisternas que habíamos encontrado cegadas. Fingimos también que ignorábamos que los antiguos jefes de la revolución mexicana estuviesen en camino para el punto adonde nos dirigíamos. La pérfida trama que rodeaba á los generales fugitivos, nos parecía urdida con tanta habilidad, que era necesario obrar con la mayor prudencia.

En la jornada siguiente, que debió terminar en el punto llamado la *Salida del Espinazo del Diablo*, el espectáculo que nos ofreció el camino era el mismo:

lobos y zopilotes, ocupados en devorar los cadáveres de las mulas y caballos, más numerosos que los de la víspera, y que huían al acercarnos; el calor, las exhalaciones envenenadas, las rocas blancas y desnudas, presentando á cada paso una capa delgada de tierra vegetal: tales eran las escenas que se ofrecían á nuestra vista. Después encontramos otras dos cisternas, ensolvadas como las primeras, y al verlas Vista doble hizo la misma operación, midió las huellas é hizo las propias exclamaciones, lanzando mil maldiciones á Elizondo.

Á las tres horas, poco más ó menos, los pobres habitantes de un miserable *jacal* nos vendieron, á precio de oro, una cantidad de agua suficiente para nuestros cinco caballos y para remover lo de nuestros *guajes*; en seguida hicimos alto, para dormir á campo raso, más adelante de la salida del Espinazo, que habíamos pasado, porque deseábamos llegar á buen tiempo á Baján. Ustedes notarán que, de las siete norias que debíamos encontrar en el camino, habíamos hallado cinco completamente secas, conforme á las predicciones de Vista doble. En el lugar en que hicimos alto, el paisaje había cambiado de aspecto: eran los mismos llanos áridos, es verdad, pero interrumpidos de cuando

en cuando por algunos grupos de árboles. Habríamos avanzado mucho más aquella noche; pero el único caballo que me quedaba estaba más fatigado, necesariamente, que los caballos de mis dos compañeros, que no habían hecho ensillados más que la mitad de la jornada. Con los restos de un árbol muerto hicimos una lumbrada, á cuyo derredor nos sentamos, cenando algunos pedazos de carne salada, que medio asamos en los tizones. Unas hierbas altas que cubrían el llano á nuestro derredor, sirvieron de pasto á nuestros caballos, sino sustancial, al menos abundante, y convinimos que el mestizo haría el primer cuarto de centinela.

Albino fué el primero que se durmió. En cuanto á mí, con la vista fijada en el viejo, sentado al lado del fuego en su postura favorita, es decir, con las piernas cruzadas como los indios, los codos apoyados en las rodillas y la cabeza en sus manos, lo consideraba con la mayor atención. Sus largos cabellos caían en mechones desordenados, de la misma manera que el heno blanco, flotando en la cima de los cedros seculares. Vista doble parecía escuchar, como si fueran voces inteligibles, las quejas del viento entre las hojas secas. Al aspecto de aquel viejo, para quien no tenía velos

el porvenir, sentía yo una especie de temor supersticioso. Al cabo de algún tiempo, Vista doble levantó la cabeza: sus labios, vivamente iluminados por la luz de la hoguera, se abrían silenciosamente; en seguida, fijó en mí su vista. No sé por qué cerré los ojos.

— ¿No duerme usted? me dijo.

— No puedo, contesté.

— Ya que estamos solos, escúcheme usted un instante, porque es usted el único que podrá ejecutar mi última voluntad; supuesto que Albino, aunque quisiera, no podría.

— ¿Por qué?

— Usted cuidará á su hijo como si fuese suyo, ¿es verdad? No volverá á ver á su padre. Le dije á usted que había visto á Albino acostado en el llano, sin saber si dormía ó estaba muerto; pero la sangre que enrojecía la hierba á su derredor me prueba que dormía el sueño eterno.

En aquel momento, sufría yo completamente el ascendiente de Vista doble, y dirigí á mi dormido camarada una mirada no menos dolorosa, que si, como decía el mestizo, hubiese dormido con el sueño que no se interrumpe jamás. El viejo prosiguió:

— En cuanto á mi persona y á la suerte que me

espera, no tengo la menor duda: no veré vivo la séptima cisterna de Baján; pero quiero verla después de mi muerte. Así, pues, ejecutará usted lo que voy á decirle: recogerá usted mi cabeza, que no le costará trabajo encontrar en el llano de Baján, y la llevará usted á la cisterna, sobre la que la atará usted á un árbol, con el rostro vuelto hacia la noria. No deje usted de hacerlo, porque la última voluntad de un hombre es sagrada. Respecto á usted, si escapa á la muerte en la Sierra-Madre, vivirá aún mucho tiempo; sin embargo, corre usted un grave peligro.

Después de haber hablado de esta manera, el viejo apoyó la cabeza en sus manos, y pareció escuchar la voz del viento entre las hierbas, y otras voces tal vez, que sólo llegaban á sus oídos. No pude cerrar los ojos en toda la noche; amaba tiernamente á Albino; con él era con quien me había hecho hombre, y yo pensaba pasar en su compañía mucho tiempo: en aquel momento lo lloraba como si hubiese muerto. En fin, llegó el momento de la partida. Mi caballo podía aún hacer aquella jornada, la última para alcanzar el convoy de los fugitivos; así es que nos pusimos en camino, pero nuestro entusiasmo se había amortiguado. Vista doble guardaba silencio como de costumbre; los tristes

pensamientos que me agitaban me quitaban todo deseo de dirigir la palabra á Albino, y éste, no encontrando motivo de conversación, quedaba silencioso como yo.

Encontramos la sexta cisterna vacía como las otras cinco; faltábanos agua, y la sed nos atormentaba; nuestros caballos sufrían más que nosotros, porque no habían bebido desde la víspera en la tarde; el mío, sobre todo, no podía dar un paso. Íbamos á continuar nuestro camino, cuando nos detuvo el viejo.

— Un momento, nos dijo el mestizo, tan derecho sobre el caballo, como si tuviera apenas veinte años. Capitán Albino, prosiguió, acabamos de ver la última noria.

— Hay otra, respondió Albino.

— Debo decirle, continuó Vista doble, que ni usted ni yo veremos la séptima cisterna de Baján. Si quiere usted retroceder, aun es tiempo.

Albino permaneció impasible.

— ¿Llegaremos á tiempo para salvar á nuestros jefes? preguntó.

— No me lo ha descubierto mi sueño, pero creo que sí, dijo Vista doble.

— ¿Nos sobrevivirá este amigo? preguntó el contrabandista designándome.

— Sí.

— Pues bien, avancemos, exclamó resueltamente Albino; nada importa nuestra existencia, cuando se trata de la de los cuatro jefes, que son la esperanza de nuestro país, y á quienes amenaza la traición.

— ¡Marchemos, pues!.. dijo el viejo con la mayor tranquilidad.

La marcha no continuó con tanta rapidez como deseaban mis dos compañeros; mi caballo, en extremo fatigado, apenas podía dar un paso. Á cada instante encontrábamos cadáveres de caballos y mulas. Muy pronto comenzamos á subir una cuesta bastante escarpada. Cuando llegamos al punto culminante, se ofreció á nuestra vista un llano inmenso. Vista doble, que iba á la cabeza, arrojó un grito de alegría, y Albino que lo alcanzó, hizo la misma demostración.

— ¡Gracias á Dios! exclamó el contrabandista con entusiasmo: todavía están sanos y salvos, y los salvaremos, suceda lo que sucediere.

Eran las nueve de la mañana del día 21 de marzo de 1811. Al pie del punto en que nos encontrábamos, y en medio de los llanos de Acacitas de Baján, ondulaba una larga fila de carruajes en medio de los nopales y de las acacias. Los cañones seguían á corta distancia, y el ruido de sus cureñas llegaba hasta nuestros oídos.

Las banderolas de los dragones se movían á impulso del viento, y los relinchos de sus caballos se mezclaban al ruido de la artillería. Á corta distancia de los primeros carruajes que formaban la fila, un cuerpo de tropas, que parecía la vanguardia, se había detenido detrás de una colina, en cuya falda serpenteaba el camino. Aquellos hombres hacían un alto momentáneo para dar tiempo á los carruajes de que los alcanzaran.

— ¿Ve usted? dijo Albino á Vista doble; deben tener algunas sospechas, supuesto que la vanguardia no se aleja de los carruajes.

Vista doble no contestó una sola palabra. Su vista penetrante observaba con atención la vanguardia.

— Los caballos de esos dragones están muy frescos, dijo, para unos animales que han debido beber muy poca agua en el camino; vea usted si los de los dos destacamentos que van por atrás relinchan y marchan como los suyos.

Más allá de la colina, y á una regular distancia de la fila de carruajes, que se hallaba muy lejos de la eminencia tras la cual se había detenido aquel cuerpo de caballería, caminaban al paso seis dragones. Detrás de ellos, y á cosa de cien varas de distancia, iba otro grupo de caballería compuesto de cosa de sesenta hombres,

delante de los carruajes. En fin, detrás de los carros que conducían los bagajes, los carruajes y la artillería, iban otros hombres de la escolta, unos á caballo, y otros á pie. Los animales en que iban los dragones, alargaban los pescuezos y caminaban con mucho trabajo. El contraste entre estos animales y los que montaba la tropa oculta por la colina, no se había escapado á la vista del mestizo. Repentinamente, al ver á un oficial que apareció en medio del cuerpo de caballería que estaba descansando, Vista doble se estremeció, y exclamó con voz de trueno:

— ¡Traición! ¡traición! ¡es Elizondo!

Era Elizondo, en efecto, que hallaba á sus soldados; pero la voz de Vista doble no pudo llegar hasta aquellos á quienes quería advertir.

— ¡Ruperto! dijo precipitadamente el viejo: su caballo de usted no puede seguirnos; la vida de los jefes depende de la ligereza de nuestros animales: espérenos usted aquí; pronto, pronto, Albino, déle usted el cabestro de su caballo de mano.

Tomé los dos cabestros. Albino y Vista doble se precipitaron á lo largo de la cuesta, como dos rocas que ruedan por un rápido declive, repitiendo con todas sus fuerzas las palabras: ¡Traición! ¡traición! Bien

pronto los perdí de vista en uno de los recodos que les era preciso seguir para llegar al llano. Quedé solo, muy atrojado con los dos caballos de mano, y con el corazón tan turbado, que una nube parecía ocultarme como un velo lo que pasaba á mis pies. Las siniestras predicciones del viejo, la angustia que me causaba el peligro que corrían los jefes mexicanos, todo contribuía á oprimir espantosamente mi corazón.

En aquel momento, los seis dragones de la escolta de Hidalgo dieron vuelta á la colina; al distinguir el pelotón de caballería, vacilaron un instante, en seguida avanzaron. En el acto fueron rodeados, desarmados y diseminados entre sus enemigos, sin haber podido arrojar un grito de alarma. Los sesenta hombres que iban tras ellos sufrieron la misma suerte; porque, después de haber vacilado como los primeros, avanzaron con seguridad al ver al coronel Elizondo, conocido por un ardiente partidario de la insurrección. Los pobres diablos no sospechaban la traición. El coronel tenía cosa de trescientos hombres; tomó doscientos, y avanzó con ellos hacia los carruajes; había llegado su turno á los cuatro generales. Elizondo se detuvo, con sombrero en mano, delante de uno de los carruajes, que hizo alto. Descendió de él un hombre; en su so-

tana y en sus largos cabellos blancos, reconocí á Hidalgo, que presentó amistosamente su mano al traidor. Desde aquel momento, no distinguí más que algunas escenas aisladas de aquel horrible drama. Las tropas de Elizondo hicieron una descarga general. Una porción de lanzas rodearon los carruajes : los cuatro jefes se hallaban prisioneros, un sudor frío corría por mi frente, y la angustia destrozaba mi corazón.

Cuando se disipó la nube de polvo, ví de nuevo á Elizondo á la portezuela del otro carruaje. Disparábanle un pistoletazo, pero no cayó el traidor. Un dragón disparó á su turno contra el carruaje, del que no tardó en salir un hombre, que en su figura, en sus rubios cabellos, y en lo orgulloso de su porte, reconocí por Allende. Tenía entre sus brazos á un joven inanimado : después supe que aquella noble víctima era su hijo. Obligaron á Hidalgo, Allende, Abasolo y Aldama á montar á caballo ; y á pocos momentos desaparecieron con los que tenían sed de su sangre ; los carruajes continuaron caminando, unos vacíos, y los otros llevando prisioneros de un grado inferior.

Todo estaba consumado.

Descendí del caballo, y fui á sentarme á la orilla del camino, dando libre curso á mis lágrimas. Estaba

sumergido en una tristeza mortal, cuando el ruido causado por el galope de un caballo me hizo levantar los ojos. Aquel caballo conducía un cadáver decapitado, el de Vista doble, sostenido en la silla con una cuerda bastante fuerte ; y para aumentar lo horrible de aquella burla, ¡ habían atado la cabeza del mestizo entre sus brazos !... No creo necesario decir á ustedes que desempeñé con escrupulosa exactitud la última voluntad del viejo. Debo añadir, por último, que encontré en el llano el cuerpo de Albino, que dormía, como había dicho el mestizo, con el sueño eterno. Su inútil afecto le había costado la vida, y según la predicción de Vista doble, llegué solo á la séptima noria de Baján, la cual no habían cegado. ¡ Tal vez la cabeza del viejo se halla todavía colgada en el árbol en que la deposité !

*
*
*

Cesó de hablar el capitán ; ocultábase el sol detrás del jardincito de M. L***. El ruido lejano del viento entre las malezas del llano vecino, formaba una especie de acompañamiento melancólico á las últimas palabras de D. Ruperto ; M. L*** se levantó repentinamente, entró, sin decir una palabra, á su habitación, y volvió al cabo de algunos instantes, trayendo en la mano un volumen, que me presentó abierto. Era el

Cuadro Histórico del senador D. Carlos María Bustamante. Mis ojos se fijaron en una página en donde leí estas palabras, que confirmaban la relación que acabábamos de escuchar: « La pérfida vigilancia de Elizondo seguía á los que había designado en holocausto á la defección. Habiendo llegado al Baján, después de haber atravesado las siete norias que se encuentran entre este punto y el Saltillo, las encontraron secas, según las órdenes del coronel. » El senador Bustamante añadía que, á excepción de Abasolo, á quien salvó el heroísmo de su esposa, todos los demás jefes de la insurrección fueron pasados por las armas. En cuanto al coronel Elizondo, recibió el castigo que merecía su traición. Odiado por sus compatriotas, despreciado por los españoles, murió cubierto de heridas que le infirió un español en un acceso de fingida locura. Ni aún le instruyeron causa al asesino. Así terminó el primer acto del gran drama, que debía llamarse después la revolución mexicana.

Al día siguiente por la mañana, después de haber apretado afectuosamente la mano de M. L***, proseguimos, D. Ruperto y yo, nuestro camino para Tepic.

EL SOLDADO CUREÑO

El camino de Guadalajara á Tepic atraviesa la Sierra Madre. En aquella cadena de montañas áridas, que sucesivamente terminan en picos agudos ó en ásperos desfiladeros, la guerra de independencia ha dejado imborrables recuerdos. Deseaba con la mayor impaciencia visitar aquella curiosa parte de México, y por su parte, el capitán D. Ruperto deseaba encontrarse en los puntos de la Sierra que le recordaban tantas escenas y tantas noches venturosas en su juventud: al desembocar en el llano de Santa Isabel, dos días después de haber salido del pueblo de Ahuacatlán, fué cuando distinguimos en el horizonte los picos azulados de la cordillera. Desde aquel momento y simultánea-